

RAMON GALGUERA NOVEROLA

SOLAR DE SOLEDADES

41280

EDITORIAL DEL GOBIERNO
ESTADO DE TABASCO
México, 1980

FT
861M
G34
S64
EJ.14
N.T. 41280

Primera edición, 1964
Segunda edición, facsimilar, 1980
Registrados los derechos conforme a la ley
Copyright 1980
Viñetas de Luis Aguirre

LA CALIDAD POETICA

Ramón Galguera Noverola nació, el año de 1914, en la ciudad de San Juan Bautista (hoy Villahermosa), capital de Tabasco. Ha publicado dos libros de poemas y magníficos ambos: *Examen de primer grado* y *Solar de soledades*. Por razones que no es oportuno analizar ahora, se le ha hecho un gran vacío a su excelente figura, lo cual, por cierto, no deteriora su nivel.

Solar de soledades ha sido su vida. Solo, siempre, en su grandeza. Ajeno a las tribus literarias. Por elemental respeto a sí mismo y al quehacer poético, nunca se ha promovido ni tampoco ha buscado promotores. Su trabajo se halla en la más conmovedora intimidad por no avenirse, quizá, con el viento que pasa. Qué diferencia tan notable entre este poeta mayor, en el que equilibran forma y fondo, respecto de algunos que, sin jerarquía ni facultades, se pasean por las calles, por las ferias, por los círculos de ineptos, pregonando ser lo que no son. “Yo soy Poeta”, claman, cuando no hay en ellos (mujeres u hombres), la savia que integra y proyecta. La falta de pudor es el signo de estos indotados que se esponjan de abalorios y alquilan escaparates para exhibir sus carencias y su irresponsabilidad. Y lo grave es que encuentran cajas de resonancias que alientan el disparate y lo proliferan.

Me atrevo a decir, de Ramón, que es el César Vallejo mexicano. “Me moriré en París con aguacero”, escribió el extraordinario poeta incaico, en dramática premonición. Galguera expresa, en su poema “De la Muerte Verdadera”:

*Los que pasamos, pero no pasamos,
porque al pasar nadie nos ha mirado.
Los que estamos tan solos
que no podemos preguntar siquiera:
cuándo fue el girasol condecorado?*

Es posible que los que desconocen la poesía del tabasqueño, consideran que se trata, al cotejarlo con Vallejo, de una comparación hiperbólica. Pues bien: preocúpense por conocer su obra. Búsquenla. Procuren la hazaña del descubrimiento. Cuando esto suceda, la joya se hará presente, en su mágica excelsitud, en el ámbito de las letras hispanoamericanas.

Ramón, excepto en su “Carta de Amor a Villahermosa”, no parece proceder

del trópico, donde el árbol, el agua y la luz, constituyen la dimensión del paisaje. Hermano de los torturados poetas de las “Misas Negras”, su poesía ha transitado por túneles en las madrugadas invernales.

Ramón Galguera Noverola: ¡Tan envuelto de soledad, como un vaso dorado en medio de la sombra!

En homenaje al gran solitario, escribí el siguiente soneto:

CANTA LA NOCHE EN TI

*De vuelo en vuelo va tu nombre puro,
huésped de la marea más severa.
En ti la sangre de la primavera
tuvo solar, de soledad maduro.*

*Tronco de espesa niebla, tenso muro
ceñiste a tu radiante sementera.
Lirio de poesía verdadera
anuda a ti su elemental conjuro.*

*Planeta de anchas alas tu ternura;
tu angustia, de cordero abandonado;
tu mágico perfil de agua y madera.*

*Luz y sombra trasuda tu estatura.
De sombra y luz estás condecorado.
Canta la noche en ti, Ramón Galguera.*

MANUEL R. MORA
Agosto de 1979

(Tomado de NIVEL)

*Por los tristes sabemos que la rosa, en la historia,
es sólo un artificio para ocultar la espina
y que existe un infierno: el de buscar la gloria.*

R. G. N.

El niño de los lirios irredentos

ESTABA Dios juntando las cosas del crepúsculo
y el Niño de los Lirios Irredentos
ya era un dolor herido frente al muro
del no ser,
una ola de sueño escarnecido.

Un principio de luna jazminero
le alumbraba el misterio de la frente,
le hipnotizaba el áspid de la sangre,
el impulso de flor le contenía.

El Niño de los Lirios Irredentos
vino del agua mansa de las tardes
en rodado rumor de voz marina,
atado al signo luz, a la increíble
vida de ser las manos del paisaje.

Vino del Norte hombrón,
del Sur llovido,
del Oriente inicial
y del Oeste
que vive a derrumbados esplendores.

Tiene la carne azul
y un cactus negro
le crece en el recinto oscurecido.

Hay como un viento a luces sumergidas
en la voz que se astilla incandescente
y así nacer un alba de luceros.

Me clavó los cuchillos inocentes
en un ver sin mirar.
La luna nueva, en uña de cristal
rayó la tierra
porque regara tallos florecidos.

El Niño de los Lirios Irredentos
irá buscando ocasos, junto al río,
para robar al cesto de las tardes
el fruto azul de jugo ennoblecido.

El niño de las sedientas hélices

VICTOR Salinas, Niño de las Sedientas Hélices:
sólo quiero saber
en qué remanso
ancla tu corazón
de prófuga violeta,
tu corazón de labios sin pregunta,
de rumbo tan preciso
que latía en el sueño
de ser no más el corazón de un hombre.

Sigo viviendo en esta caja fuerte
—casa con muros altos, sin ventanas—
acariciando un fruto y una herida,
con una mariposa nocturna sobre el pecho.

Ya va para tres años que me diste
una lámpara azul
y un pañuelo amarillo;
los dos están aquí, confabulando oleajes,

agitando los cántaros
donde un oscuro vino
se ennoblece y espera.

Resucitas juntando las uvas del silencio
mientras que yo rodaba manzanas temerosas.

Me humilla una tristeza de molusco vacío.

Dónde aprendiste aquello
de que los niños tristes
padecen la nostalgia
de jugar en las nubes?

Todavía te duelen los pájaros cautivos
y te golpea el mar. ...?

No quiero imaginarte
con la corbata oscura
de los días nublados.

Como no sé si coleccionas verdes
o atesoras moradas cicatrices
en Valparaíso o en Río de Janeiro,
un árbol de presagios
crece frente a mi puerta.

Cuídate del lucero de la tarde,

de las noches de luna
y de la rosa blanca.

Cuando contestes,
Niño de las Sedientas Hélices,
dime si todavía
el corazón se halla en su sitio
y si es verdad
que todas las palomas mueren degolladas.

Cierta noche

LA noche que madura su silencio,
los dulces higos de una voz interna,
el lento deshojar de mis corolas.

La noche del venado sin sus flechas,
la noche con el árbol industrioso
y la espera del fruto prometido.

Dónde enterraron el color que daba
la justa claridad a la figura? . . .
Ay, los pinceles duermen sus hazañas
naturalmente lúcidas,
sus proezas de sangre alucinada.

Anda por el jardín, como perdida,
una voz amarilla que otras veces
tocó de eternidad, hizo diamante
la pequeña palabra;
tropieza sus arcángeles de música,
forcejean los pálidos azufres,
las fugitivas lámparas.

Nace la sed de inmateriales aguas
donde navega sus nerviosos pálpitos
un encendido enjambre de luciérnagas.

Cómo tocar siquiera los aceites
de relativo brillo, el barniz epidérmico? . . .

Muere de no entregar ni una violeta
la noche del venado sin sus flechas.

Alta noche

A Carmen de Mora

QUE venga el sueño y llueva sus arenas
tibias y finas de aquietar las ramas,
de aletargar a pájaros y flores,
de esfumar los contornos,
de apaciguar las aguas,
de diluir los colores,
para que cera de afinados tactos
unte de sedativos alcanfores
el mínimo derrumbe de los párpados
y haga callar la voz con que los ojos
fueron un ritornello de lágrimas y ruegos;
para que me rescaten las aguas submarinas
y un navegar a remos intangibles
me levante y sumerja, a un tiempo mismo,
sin que el espacio doble su sentido;
para que el tiempo entierre sus laureles
y ya no pueda señalar las pautas
ni medir el lugar sobre la tierra.

Esta noche me anego y se me cae
la rosa de cristal. Hoy me crece
una espina de sombras,

un latido de llama en crucifijo,
un herrumbroso clavo de miseria.

Esto de ser como invisible lámpara
en mitad de la noche y del destino
mientras la calle dura de silencios,
velada, indiferente, casi etérea,
es un río que lleva hacia la muerte.
Y esto de ser la onda permanente,
la flecha de nocturnos horizontes
que hacia una luna de polar sustancia
dirige sus impactos conmovidos.

Esta noche, derruidas catedrales. . .

Esta noche, raíces insistentes,
agrios metales hunden su tortura
de fría soledad, de llanto seco,
de lento agonizar entre las sábanas;
y una imagen de mástil solitario
me da, con inocencias de paloma,
las espirales de un barreno ciego.

Para que Dios encienda los candiles
de luces humilladas
y pueda cobijarme una penumbra
de cielo patriarcal en que las nubes
nieblan una presencia de luceros;
para que inversa luz aprisionada
dé en el cristal que aleja las imágenes
y borre la medalla con un nombre
—un nombre de concisa arquitectura

y un perfil con aromas definido—
que venga el sueño y llueva sus arenas.

Cómo viniera el sueño que derrumba
y ser un tronco así, tan sólo el tronco
que arrastra la corriente de algún río,
un río azul de párpados caídos,
de aguas en que diluye su pereza
el llanto de un violín narcotizado.
Y más el sueño de certero hachazo,
el sueño sueño de alargados túncles,
el viaje viaje de perdidos rumbos,
de inevitable ruta sin regreso.

Se dice amor . . .

CAMINAR por las calles,
cruzar las alamedas,
hollar todos los rumbos
con un rezo en los labios
y una maldición sobre la frente;
ser un temor antiguo
y una nueva blasfemia,
certeza del naufragio
que nos pondrá de rodillas
para siempre.

A veces como si un hierro
carcelario nos hundiera,
como si un cruel asesinato
se hubiera consumado
y un juez inexorable
alzara la balanza;
como cuando me dije: el cielo sabe
a escombros calcinados y a destierro,
un buitre anda rondando mis andrajos
y tengo el corazón de un niño ciego;

como cuando abrió Dios el libro de la vida
y presintió el error de hacer al hombre. . .

* * *

Aquella noche te busqué, te buscaba,
te busqué, te buscaba
la huella y el sonido
en cada esquina del silencio,
en cada arista luminosa,
pero, cómo saber más de ti
si la historia comienza
un lunes por la tarde
en que llovía lenta y tediosamente
como dentro de un templo?

Aquella noche estuve registrándome
los bolsillos eternos,
quiero decir que andaba preguntando
con las interrogantes
que nadie sabría contestar;
también, que anduve
por los caminos del regreso
y sobre la senda inmediata
de un mundo posterior,
de un mundo construido
sobre nuestras manos
y con un peso azul
de nube suspirada.

* * *

Se dice amor todos los días
como se aborda un tren
o se muerde una fruta,
pero mirar de frente esa palabra
y volverla a esculpir,
y levantarla
para que tenga nueva luz
y viva. . .
De eso mejor callar, ni una palabra,
únicamente el lento y silencioso
masticar de las yerbas amargas.

Se dice amor en todos los colores,
con la sencillez cotidiana
de doblar un pañuelo,
pero sostengo que nada fácil es
andar por esas calles
amordazando un recuerdo,
iluminado por un tal vez,
por un quizá de vidrio
que se construye entre sollozos.

* * *

Sabía cuán imposible
el encuentro con tus medallas,
tus miradas de primera comunión
y tu sonrisa en verde acidulado,
porque se buscan
las palabras del rocío
y se encuentra una rosa envenenada.

Entre cuatro paredes
—como cuatro palabras injuriosas—
siento que se me llaga
una clara miseria;
eso de ser amor y no decirlo,
eso de andar las calles,
cruzar las alamedas
con la certeza íntima
de que la palabra de Dios
ha cancelado sus oficios definitivamente.

Mejor la sombra

Y para qué la luz,
sus tulipanes de gritada feria,
su voz multiplicada en los espejos,
por ecos infinitos reflejada?
Y para qué la luz
con su mirada de loca
en la garganta del coyote herido?

Yo no quiero la luz,
que la asesinen
de un solo golpe de puñal, tan cierto,
que así tenga la muerte de más muerte.
Que asesinen la luz
o la encadenen para siempre!

Que apaguen las ventanas,
que amordacen las puertas
para tener el hondo regazo de la sombra!

Mejor en la tiniebla fértil de la semilla
abriéndose un costado para instalar el árbol;
mejor en el más negro agujero

buscándole el abrazo al signo en que nacimos,
seguros del barro natural y opaco;
mejor allí donde las lentejuelas olvidaron
sus agudas trompetas para aturdir al mundo.

Variaciones sobre un tema

LA música de oleaje imprevisible,
la música de cara al horizonte,
la eterna condición de hacerme ajeno
y enterrarme la flor con el olvido
me entrega ferias de sabor marino,
me aleja en las distancias siderales
de algún paisaje irreal, ultraterreno,
me sumerge en la hondura sin reposo
de un caos donde lloran los cuchillos,
donde taladran mudas espirales,
donde inventan la luz los girasoles
y el agua del amor, tan soterrada,
siente su devoción y la asesina.

Quién no puso las manos en el fuego
y sintió que al arder de aquellos pétalos
un andamio de sol se le ofrecía
y una gota de miel lo derrumbaba?
Quién no sintió mordida su estructura,
su catedral de acero, su columna,
su vertical, su estalactita indígena,

su sangre de porfiadas ascensiones,
su floración de antena prodigiosa?

Quién no supo, al contacto de la rosa,
que un filo de la cruz se le incrustaba,
que una arena de vidrios irisados
iba horadando células azules
y Dios, con su presencia, amanecía?

* * *

La música soñada de gacelas,
la música de ungüento en los oídos,
la música con naves azucenas
y los remos de pájaros dormidos.
La luna por los largos corredores,
el mar en acuarela y lejanía,
la música violeta. . . Se diría
que hay una luz filtrada en algodones.

Una tarde de lluvia la existencia
en amarillos de hospital hería,
estaba enfermo de cegar la aurora,
remordido de frases vengativas,
castigado de rabia silenciosa;
una tarde de inmersos funerales
vino a sentarse, plomo, en mis rodillas,
la tristeza de un marzo calumniado,
vino a escoger diamantes de reproche
la clorofila en ascua de ser fruto,
la escala de Jacob hecha de llamas.

* * *

La música sembrada de amapolas
me lleva de la mano, me conduce
por veredas tan limpias, tan lustrales
de oír la luz, y con la luz, de pronto
saber que hasta las lágrimas del miedo
pueden abrírnos todos los balcones.

Una mañana loca de claveles,
una mañana en que rodaron ebrias
de color mensajero las naranjas
y vino sin saber, de alguna parte,
el viento como felpa de los melocotones;
una mañana en que podría tocar
hasta el corazón oscuramente dulce
de los higos maduros;
una mañana en que te vi tan cerca
y a tan remotas latitudes
que la palabra amor quedó en mis labios
para siempre.

* * *

La música llegó. Por las ventanas
se metieron los sauces conmovidos,
una piedra ancestral lloró la historia;
en todos los caminos, como un signo,
nació una flor o agonizó una estrella.

* * *

La música de oleaje imprevisible,
la música de cara al horizonte,

la eterna condición de hacerme ajeno
y enterrarme la flor con el olvido
me entrega ferias de sabor marino,
me aleja en las distancias siderales
de algún paisaje irreal, ultraterreno,
me sumerge en la hondura sin reposo
de un caos donde lloran los cuchillos,
donde taladran mudas espirales,
donde inventan la luz los girasoles
y el agua del amor, tan soterrada,
siente su devoción y la asesina.

Elogio de la lluvia niña

NADA como los días de lluvia
pertinaz y menuda,
llenos de una nebulosa nostalgia
de pizarra borroncada.
Yo me hundo en la frescura
amable de infantil somnolencia,
me interno en esa gruta
de transparentes muros
y perforaciones íntimas,
ando extraviado en las reconditeces
de un caracol, húmedo y vagabundo.

Cuando llueve largo y fino
—con algo de ciprés y de ceniza—
viajo por los itinerarios
nublados del silencio
y me secuestra una embriaguez brumosa,
deleitante y lánguida en su vuelo
de mariposa hipnotizada.

Al fraternal influjo de la lluvia
un barco de papel busca los puertos

de antiguo arribo,
aquella municipal entraña
que descubrió la luna;
vuelve, desde la fruta
de un aroma rural, el incansable
proyector de imágenes.
Hay un instante en salto
hacia otro instante,
deshace sus pirámides el tiempo,
languidecen las cosas,
diluyen sus contornos
y navegan atmósferas azules.

Junto a la lluvia de infantiles pasos
y empeñosa constancia,
se puede precisar si fue en diamante
donde fijó sus luces la poesía;
se aprende a definir, con nuevos tintes
de estricta pulcritud,
el brillo austero
de tener los contactos siderales.

Tengo un sitio, una esquina
para aguardar los signos
del más hondo misterio,
cuando la lluvia de pisada leve
eterniza el raudal de sus agujas.

Teorema de las piedras

Me quiero reclinar sobre una almohada
de cervatillos con luciérnagas
y las piedras proclaman
su firme voluntad de estar presentes
para que se desgarre en múltiples aristas
el manantial, el goce
de ser una corriente.
Yo les podría decir que no es preciso
sacar el alba a filos de cuchillo,
pero inútil afán porque las piedras
siempre estarán, como los hombres,
viendo sin ver las ágiles espumas.

Entonces, hay que ir por esos sitios
en donde la manzana se endurece,
debe uno asesinar a las violetas,
con tan estricta seriedad
que nazca, dentro del corazón,
una tristeza de réprobos arrepentidos.

Hay que estar sumergidos en un pozo
calumniando al recuerdo,

diciendo cosas sucias de la margarita,
contaminando la saliva y el suspiro.

Se empieza por no ver
la flor ni el astro
y luego el agua corrosiva llega
a hincar sus fuegos de cristal cortado
y a poner amarilla la sonrisa.

Son días de mirar
que adentro hay una
coloración de cielo sin arrugas
y, no obstante, se tiene un remo negro
para mover las barcas infernales.

Se termina en un sitio
donde la noche es una
mariposa de presagios,
en un yermo gris,
sin otra cosa
que una estatua de sal
con un grotesco murciélago
sobre la frente.
Hay allí una crueldad
de miradas vacías,
de ojos estáticos, cedidos para siempre
a una fijeza de solemnidades metálicas;
hay un cementerio de voces
donde la palabra raíz
pudre sus ramas imposibles.

Esto de haber andado por el mundo
en busca de una nube,
de una almohada de cervatillos
con luciérnagas.

Diez para las cuatro

EN un limón de sed
cupo la tarde...

En un limón y en amarillos ciegos
de ser tan amarilla la promesa
estuve preso de tocar el tiempo,
contándome las células,
contándole los pasos inseguros
a un microbio naciente.

Era la esquina —el sitio de más sitio—
donde un timbre falaz cumple su oficio
de martillar —con un cuchillo verde—
el espacio guardado en los relojes.

(Estoy mirando a un niño
y en sus manos
florece un lirio azul
muerto de luna).

Cada nuevo minuto
llega —como en tranvía—

una flor mutilada,
pero una flor sin duda;
cada nuevo minuto
llueve lodo y cenizas
y se dicen las pútridas palabras
de llorar el azufre
y encender el arcángel vengativo;
cada nuevo minuto
—entre rezos y lágrimas—
un clavel se incorpora
y hace girar sus hélices,
su más cruda demencia;
cada nuevo minuto
un ángel derrotado
llega a plantar violetas
y se espina las manos.

(Estoy mirando a un niño
que a ladrillos de menta
quiere tender un puente
de la tierra al lucero).

Seguro que allá dentro
—en el cinematógrafo—
las sílabas de lino,
de más perfecto aroma,
inventarán un clima
para que los rosales
proclamen la presencia
de los nuevos jardines.

(Un niño verde
—como el pan comido a solas—

atraviesa el durazno
de sus glándulas
con una espada sorda).

Pero la esquina llega a ser
un túnel vergonzoso,
algo en que todo tiene
un negro cauce
para que llegue al fin la puñalada.
El cielo está tan lejos de las manos
si los ángeles giran
y las calles conducen
a un sitio siempre igual
donde los nomeolvides
sangran inútilmente frente al muro.

(Yo no quiero ver a ese niño morado,
con una cicatriz sobre la frente.
No quiero verlo con las manos sangrientas,
con la mirada corrosiva,
con la mordida sonrisa de los jueces,
no quiero verlo
degollando golondrinas).

Elegía por la muerte de los pájaros

A Carlos A. Madrazo

DE improviso, los pájaros,
todos los pájaros se ahogaron.
Dañaba frío vidrio de ausencias
ver sus cadáveres
—de flor nostálgica—
discurriendo, flotando
sobre un río largo y fosforescente.

Yo me decía con ajena voz,
como salida del rincón más oscuro
de la bohardilla más sórdida:
no puede ser,
mientras el viento, grave y redondo,
húmedo y gris
—contacto de una mano sudorosa—
latía los asfixiantes
minutos del drama.

No puede ser,
me decía con una voz
sofocada, subterránea
y titubeante,

sacudida de calosfríos.
No podía ser
y era, sin embargo, cierto,
con una certeza brutal
y tajante
de espada vengadora:
sucedió que de improvisto
los pájaros,
todos los pájaros se ahogaron.

Qué sino de suprema injusticia
les degolló los trinos,
les congeló la sangre de violines?
Qué ley implacable y ciega
como un odio antiguo,
alimentado día y noche,
quebró de un golpe sordo y despiadado
la danza de su aérea geometría?
Qué pavor y qué duelo
de Juicio Final
hasta en la piedra y en la oruga!

Ah, cómo daba grima
y rabia, a la vez;
se inoculaba un verde coraje
de rapazuelos rencorosos,
dolían las risas infantiles,
las resorteras
y el primer fusil.

Ah, cómo lastimaba la tarde,
cómo herían con su desnudez,

con su silencio áspero y opaco,
los aleros vacíos,
ya sin objeto,
y de qué manera
una gota ruín
iba taladrando por dentro,
abriéndole caminos
ardientes a las lágrimas.

Eran unos deseos imperiosos
de gritar, a lloro y queja,
con el tumulto de la imprecación
mojada en llanto,
por esa procesión lenta,
pero inexorable, definitiva,
de pequeños relojes
—ya con el fino mecanismo roto—
flotando sobre un río
largo y fosforescente.

Y ahora, clamaba con sorda voz
de estrangulado acento:
Para qué los árboles,
y la fuente,
y las flores,
y el viento,
y las noches de luna,
y los ocasos,
y las alboradas...?
Para qué?

En esa tarde

se me cayó la estrella
de manera rotunda, sin remedio:
sucedió que de improviso
los pájaros,
todos los pájaros se ahogaron.

Andanzas del nocturno viento

TODA la noche el viento
buscó, por los aleros,
huellas de algún crimen horrendo;
se esforzaba por encontrar
ese indicio clave
tan caro a las investigaciones policíacas;
introducía el ávido olfato de sabueso
hasta en las minúsculas cicatrices
de las puertas y de los muros.

A lo largo de la calzada
—amarillenta y rígida como un cadáver—
iba, con meticulosa curiosidad,
investigando la procedencia
de los papeles transeúntes;
palpaba, con sistemático interés,
cada desgaste, cada prominencia
en las aceras y en el pavimento.

Parcía detenerse en el umbral
de cada esquina, para tomar aliento,
y, poco después, introducía

sus infantiles bálsamos
—en los ojos vaciados de las ventanas abiertas—
arrastrando su lengua de listón desintegrado
por entre los pliegues de las cortinas.

Hundió los elásticos dedos
al través de la alfombra,
palpando cada arruga,
cada irregularidad del tejido;
revoloteó en el cesto de las palabras inútiles
—las cartas y los poemas desechados—
y se detuvo, frente a la rosa de papel de china,
asaetado de sospechas.

Toda la noche el viento
anduvo tras la pista
de algún crimen horrendo;
lo sentí lleno de preocupada indagación,
resbalando sus agujas
de suspirada menta
sobre mi piel,
debajo de las ropas,
en repetidos escarceos,
como obedeciendo alternas
marejadas de duda.

Le oí murmurar, en tono grave
de reflexiones recónditas,
junto al árbol seco,
torturado por un mal
interno y progresivo;
junto al árbol donde se toca el ardiente

caos de la savia desorientada,
culpable de ineficacia.

Estuvo danzando, confusamente,
sobre mi cabeza,
igual que sobre la superficie
de un espejo empañado
y alzó sus espirales de algodón mojado
más allá de las nubes.

Toda la noche
—bajo un cielo de violáceas putrefacciones,
contaminado por una luna de almanaque,
de barata litografía—
el viento anduvo la ciudad
tras las huellas de algún crimen horrendo.

Cuando la madrugada
los pájaros le vieron
tomar la fácil ruta de los campos,
iba fatigado, mohino,
repitiéndose a sí mismo: nada, nada.

Imagen de la asfixia

TE recuerdo en la angustia
de crecer con el tallo
sumergido en azogue,
con el torso aplastado
por fúnebres atmósferas,
la cabeza girando
como en una centrífuga celeste.

Eras el escorpión y el sueño de la nave.

No hablabas porque siendo
la luz, anochecías;
ya los soles terrígenos anclaban.

Estabas con los ojos del más allá,
pero buscando no sé qué migajas
en los deshabitados socavones del tiempo.

Te aclaraba los coros del oído
una frescura de doncel desnudo,
aunque ya un purgatorio

de tenaces vitriolos
te inyectaba sus fiebres sulfurosas.

Cómo es que el corazón
—azul trompo de fósforo—
giraba sus axiomas luminosos
allá, en las siderales terrazas?

Nostalgia de un acento

SE quedó con los ojos
metidos en el cielo
como si de repente
se le hubiera extraviado
la ruta de los trigos amarillos;
se quedó con las manos abiertas
en un desesperado grito
de buscar algo entre las sombras.

Un hilillo de sangre
le alargaba la boca,
le estrenaba una sonrisa,
una rara sonrisa
entre burlona y triste.

Estaba a la intemperie,
derribado como una calle;
estaba largo y frío
como el recinto de la soledad,
con un viento nocturno
entre la enredadera del cabello.

Estaba a la intemperie,
ya, para siempre,
fruto en el olvido:
sin una flor de llanto,
más allá de la búsqueda
para que la misericordia no manchara
su viaje solo de encallada nave.

Yo me acerqué a tocarlo
con los ojos intensos
del niño sorprendido. . .
tal vez para decirle
no sé qué tibias cosas del rocío
y le cerré las manos.

* * *

Luis Fernando Cortázar
era como un recuerdo:
llegaba lentamente, de los sitios lejanos,
ameritando el brillo
de ser entre la niebla.
Se le sentía llegar
desde dentro y salía
como algo que se tuvo
mucho tiempo guardado.
Venía desde dentro,
pero a pasos tan leves,
tan de remota evocación,
tan de muelle reposo
que el sitio del encuentro
flotaba sumergido.

Recuerdo que en su voz
se alfombraba una lámpara,
que escuchar sus palabras
—extraídas de un pacto con el ángelus—
era como arroparse de crepúsculos,
o como saborear, con la flor del durazno,
el caramelo de la guanábana del alba.

Por las noches buscaba
las callejuelas más estrechas,
los más oscuros sótanos;
bebía un licor áspero
de agridulces reflejos
y solía comparar a las prostitutas
con el lucero de la tarde.

Apenas ayer decía,
entre irónico y triste:
Esta ciudad ya no me gusta. . .
voy a emprender un viaje.

Prófugo de la muerte

SIGILOSAMENTE,

a deslizados pasos
de gelatinoso adversario,
como untado a la viscosa concavidad
de un pozo clausurado
—igual que una sospecha—
el viento de los sótanos vacíos
había penetrado sus tentáculos
de frío y repulsivo contacto.

Estaba por alcanzar
el último círculo de espuma
—ya casi en la flotada hondura—
próximo a caer
en la más cierta nube alcanforada,
cuando llegó por unos largos corredores
—de fétido aliento—
arrastrando sus gusanos monstruosos.

Lento y meticuloso,
con la estudiada insidia
de una secreción

—como el sudor y la saliva—
fue resbalando
—más que avanzar—
invadiendo, anegando
parsimoniosamente,
de igual manera
que un humor espeso
estira sus orugas
sobre un plano inclinado.

Vino a rozarme
con su piel de larva gigantesca
y ciega,
a inocularme en los oídos
la palabra de más temido peso,
a moldearme los labios
con un violáceo tinte
de carroña insepulta,
a fijarme los ojos
en un estrecho callejón
sudado de pestilencias,
de asfixiante atmósfera.

Iba a iniciarse el hundimiento suave,
el uniforme descenso de lángido abandono
con que la pluma flota
sus fatigas de vuelo
y me arrastraba
la corriente de un río fantasmal,
circundado de nieblas. . .
cuando llegó el viento
de los sótanos vacíos

a inocularme en los oídos
la palabra de más temido peso.

Fue entonces cuando grité
desde el más hondo misterio
de las profundas raíces
y eché a correr
por las calles de la noche
hasta cruzar las altas
murallas de silencio.

Me encontraron hablando
con los pájaros
y me reía el llanto
de tocarme el regreso
cuando soltó sus lúcidas
mariposas el día.

Lámpara condenada

POR cada nomeolvides
que aprisionan mis manos
entre sábanas negras
agoniza un lucero.

Se me desguinda el cielo
cuando intento
nada más tocar
los verdes higos,
su codiciada entraña
de nardo azucarado.

Quiero viajar añil
sobre una nube
con brisas de flotar
sobre un oleaje,
pero a culpable lámpara condenan
mi corazón de fábula y suspiro.
Me siento así, tan perseguido y solo,
tan condenado al sótano y al túnel
como para manchar todos los sitios
y poner un rubor en cada estrella.

Una iracunda voz,
la que cabalga los iniciales vientos
donde besa su soga de inocencia el ahorcado
y escupe su puñal el asesino,
me dispara un venablo en cada sílaba
por cada lirio que soñé con alas,
por cada margarita desvelada.
Naufrago en el engaño
de tener un espejo
en que la turbia imagen se ennoblece
para que el ángel caiga de rodillas;
me digo a veces,
lleno del compasivo llanto de mí mismo,
que tengo el vaso negro,
la flor pútrida,
un navegante sordo,
una brújula ciega,
el horizonte cruel
y un inútil martirio.

Por qué se alza la noche
sobre puentes azules?

Enciendo en esta esquina
una luz de bengala
y allá, en la opuesta orilla de la calle,
me dolerá una lluvia de cenizas.
(Se desintegran todas las estrellas
que iba a colgar en el mantón del alba).

Un perro negro busca devorarme las manos
y no puedo gritar,

ni siquiera gritar
porque dirían los hombres y las cosas:
encerradle en un pozo,
en el peor agujero,
en la tiniebla nauseabunda de los leprosos,
con el acto infame,
junto a la traición,
fundido a la más abominable de las ignominias.

Hay veces en que el ansia
de caminar me obsede
y me voy por las calles
más largas y más tristes
a entregarle mi lívida
soledad al silencio.
Y le digo que soy como un ahorcado
pendiente de una rama de vergüenzas,
un péndulo grotesco
con que mide sus horrendos minutos
la hora de llorar con el oprobio.

Si pudiera quedarme en la hierba tendido.

Sé muy bien que la espuma
naufrega cada noche
sollozando entre espinas.
—Casi como una rosa?
—Casi como una rosa,
como una rosa negra.

Quién me puso esta niebla
de tan hondos latidos?

Con qué mano se escribe
la palabra del alba?
Con qué labios se puede
preguntar si es de día?

Yo me pudro en la esquina
de ser un farol triste
esperando la piedra
de rencor que me apague.
Y la canción y el lirio de las manos,
y la cruz del amor llorado a solas,
y Simbad el Marino que cultiva jazmines,
y el río de la sed mojando el sueño
de una violeta pisoteada.
Todo lo que se dice con voz
en que el acento
nutre raíces de árboles aéreos
y, sin embargo. . .
por cada nomeolvides
que aprisionan mis manos,
entre sábanas negras
agoniza un lucero.

Obligado viaje

No quiero irme,
pero sucede que esta casa es incómoda,
demasiado estrecha y sucia;
resulta que sus moradores no me conocen
y me circunda una atmósfera
de pupilas desconfiadas,
a veces hasta de manos hostiles.

El otro día, sin el menor escrúpulo,
vinieron a revolotear mis papeles;
los poseía una extraña inquietud
como de polizontes
tras las huellas de un forajido
y me miraron largamente,
de pies a cabeza,
con esa curiosidad ofensiva
que es casi un dictamen condenatorio.

Yo nada les pido,
ni siquiera una sonrisa amable;
desearía que me dejaran solo,
que me olvidaran, simplemente,

como se olvida un favor, una deuda impagable;
que me dejaran solo,
con la inocente manía
de escribir cartas a las nubes
y a los girasoles,
a la lluvia y a los pájaros,
a los niños y a los árboles.

Les he dicho que soy un poeta
y han sonreído maliciosamente,
tal vez imaginando los hechos más absurdos.
Desde entonces,
las cosas han devenido de mal en peor
y me aturden con un raro lenguaje de cifras
en donde la palabra poesía
se sonroja y se llena de remordimientos.

No quieroirme,
pero la noche pasada escribieron
un horrible insulto sobre mi puerta
y, hoy por la mañana,
mi paso por los corredores
encendió un reguero de voces agrias
y me horadaron
los índices acusadores.

No quieroirme,
y sin embargo debo
--desde este mismo instante--
preparar el equipaje.

Hablo desde mi muerte

AQUEL día, los hombres
se acuñaron tan serios. . .
Era cada perfil como un hachazo
y los labios mordían
un trapo negro y acre.
Recuerdo que en el Puente de Octubre
se instalaba un viento sedentario,
semejante a una guirnalda
de adversos presagios
y que, hasta las siemprevivas
—siempre vivas—
tenían un no sé qué
de fatalista resignación.

Aquel día los hombres
amanecieron con el cielo rígido,
restirando las aguas y los vientos,
colgados de la sogá
morada del silencio.
Ni una amarilla flor,
toda la sangre estrangulada,
la frente sin luciérnagas ni grillos,

desolada y gélida
como panteón bajo la lluvia.

Qué decisiva espada, qué dureza
cual ciega floración iba creciendo
dentro de cada pozo, en cada túnel?
Se diría que el viento se herrumbraba
junto a los rostros de anulada historia.

Dónde estaban el pájaro y la brisa,
el Ángel de la Guarda y las espigas?
Sólo la cicatriz y la saliva
que dan los frutos negros de la tierra.

Yo que era un niño azul
—alguna cinta que olvidó el costurero de la luna
había instalado las promesas y los bálsamos
para que en cada esquina floreciera
un girasol de iluminada espuma.
Estaba ciego y sonreía
con una sonrisa de vereda rural,
brillante de piedrecillas y sol abierto;
pero los hombres, aquel día,
amanecieron con los cabellos hirsutos
y las manos secas,
pesando hasta el sonido
y la presencia del viento
instalado como una lámpara
en una habitación vacía.

Fue el día aquel tan largo y tan espeso,
con las manecillas entumidas en todos los relojes;

el día de la rosa enclaustrada
y de la alondra en crucifijo.

Empezó a dolerme
como el llanto de un niño mudo,
algo como una tibia luz
humillada y sin palabras;
conspiraron las piedras y los árboles
con su resignada madurez,
de tal manera,
que una rosa de cardos
fue abriéndose caminos
dentro del vaso oscuro.
Me preguntaba si el dolor
llega como un viajero a tocarnos la puerta
y si el crepúsculo,
como las rosas y los cactus,
se afina de espinas rencorosas.

La tarde se instaló con una gruesa
cadena de presidio sobre el cuello,
inmóvil y amarilla
como la mano cercenada de una momia.

Por una senda sin comienzo
un hierro amargo vino
y dejó caer su peso lúgubre.
Yo, para entonces, era una tiniebla
con voces de campana temblorosa;
ya para entonces todos los caminos
inventaban obstáculos,
alzaban ciegos muros,

borraban huellas y eclipsaban lunas,
asesinaban puertos y estaciones,
proscribían señales inocentes
y la pequeña rosa de los vientos,
la mía, liberada noche a noche
con un poco de mar y otro de cielo,
torturaba sus hélices de sueño,
sus vagabundos pétalos,
el corazón azul de su porfía.

Dónde estaban los niños
—arquitectos del agua que regresa—
y los adolescentes
con naves de aventura?
Qué procesión de esquinas traicionadas
sin la confluencia vital,
tercamente laboriosa de la hormiga.

Estaba solo, sin un árbol, sin una espiga,
sin una mariposa, sin un lirio,
con todos los enjambres silenciados,
con todas las promesas oprimidas
porque los hombres
se acuñaron tan serios aquel día.

Cuando llegó la noche
con sus pesados túmulos,
con sus aristas como cuchillos
de obsidiana,
con sus acuáticas vegetaciones,
con su contacto de reptiles amaestrados
y su Eclesiastés salido de la tumba,

ya me tocaba con la palabra pordiosera,
ceñía mi frente
con los aceites de la misericordia,
me condolía en llaga y salivazo.

Cómo vino el descenso, la nube y el desmayo
de conocer el náufrago latido? . . .
Lo demás que lo cuenten la soga y el disparo.
el puñal y el veneno,
mientras hallo una frase de perdón con olvido.

Perdido de encontrarme

TE estás allí
con la sonrisa siempre de perfil,
dándole vueltas a una idea terca,
a un propósito sin sentido,
con una mosca que se te mete
por los ojos
y habla del pudridero
que es el mundo.

Estás perdido de encontrarte
todas las noches,
a cada minuto.
Estás perdido y no sabes,
y no quieres llorar,
y no podrías llorar,
quitarte esa sonrisa
de ínfimo girasol
crecido entre la noche.

Vengo a buscarte
para que me digas:

en qué profundas naves
exiliaste a la tarde?

Se estremecen los muros,
ensordecen, como las amapolas
y como los vidrios
de todas las ventanas apedreadas,
esos timbales epilépticos.
En qué profundas naves
exiliaste a la tarde?
Y nada dices
y un trago se te mete
como río de blasfemias,
porque no sabes, no quieres,
no podrías llorar.

A veces te digo
que allá, afuera,
en el arroyo de la calle,
un niño está vendiéndole a los ángeles
sonrisas como pájaros de harina;
que es mejor caminar,
caminar largo, sin rumbo fijo,
mejor que estar aquí
sacándole los ojos a la noche,
escupiendo hacia dentro
con el asco indistinto
de estar vivo o estar muerto,
pero no sabes más que estar aquí
hurgando basureros pestilentes,
aguardando la derrota total, definitiva.

Cada vez se te asfixia
más la aurora y yo te digo:
Ramón Galguera, buccador de nieblas,
amargo capitán de un barco ebrio,
mata si quieres pero no te quedes
con ese proyectil entre los ojos.
No, no vendrán aquí,
tendrás que irte,
debes buscar como se busca el sueño:
cansándole los pasos al desierto
de ser flecha de insomnio,
navegante nocturno;
pero sé bien que no vas a dar un paso:
te quedarás aquí, inamovible
como una fecha histórica,
con el asco indistinto
de estar vivo o estar muerto.

Retorno hacia los lirios

CONSERVARÉ esta cicatriz
de bronco río,
la avivaré, día y noche,
como recuerdo
del último martirio.

En aquel antro
—de voces como dagas—
yo, de pie,
sobre el rencor de la navaja
pude escribir
una frase última, definitiva,
y escupir un nombre odioso;
pero no vine al mundo
para sorprenderlo
con una sirena de hidrofobias
y hube de anclar,
ya blanco para siempre,
con la mirada clara
y la sonrisa dolorosa.

Empezó a amanecer
como en el interior de una choza:
al través de insterticios,
en llagadas falanges,
naciéndole a la noche
su inevitable lepra luminosa.
Qué itinerario de ojos como peces,
de ojos adolescentes
sorprendidos en la quietud
de embotellar un sueño.
Los brazos y sus lámparas caídas.
Las manos y sus pájaros inertes.
Navegaban palabras desvalidas.
Goteaba un licor tibio su fatiga.

Quise gritar: que la encierren,
que la sepulten
con su música de girasoles
para la Navidad del año entrante.

Estaba de pie
—sobre el rencor de la navaja—
con un alcohol de lágrima
y de frases violáceas,
cuando empezó a mecarme
una ola nueva
llegada de no sé qué tumultos
de mi historia sin héroes;
despertaba una brisa
de pan celeste en alas de paloma
y era un amor,
un resignado amor

—heroico y consciente—
sentándose en mi pecho
para mirar el día.

Una mujer estaba
contándole luceros
a la sonrisa de guijarros nuevos
de un delincuente con mirada niña,
y caminaba al borde de un abismo
como cortando rosas de crepúsculo
en un convento azul,
o en la tristeza decadente
de un parque abandonado.

Pero qué flor y qué flotado aroma
me estaba doblegando
el rencor y las mieses iracundas?
Quién estaba llamándome y decía
que hay una nube anclada en cada puerto
y un crucifijo de marfil sangrante
para alzarlo a la luz de cada aurora?
Hube de navegar largo y profundo
para volver al cuento en que los lirios
decidieron ahogar a las espinas.

Poema terciopelo

NADA tan cruel,
tan lleno de culpa oceánica
como manchar un terciopelo
y más aún, herirlo.
Se supone, se sabe,
a veces hasta se comprende
que el candor guarda,
como en un alhajero
finamente acolchado,
sus corolas de terciopelo
azul profundo
y que existe,
y se nutre,
y florece
en miradas absortas
como caídas de otro planeta,
una tersura que no podemos tocar
aunque una sangre ruin
nos moje las yemas ávidas;
el terciopelo ha de quedar así,
intocable,

sin siquiera la voz que lo perturbe,
sin siquiera la voz.

Cuando crecen los niños del alba
traen espigas de terciopelo
en las manos mojadas
del sueño de la noche.
Salen de un largo túnel
y estrenan sonrisas de astronauta,
aprendidas más allá
de la más remota galaxia,
para que cerremos los párpados, de nuevo,
y venga el sueño de terciopelo
naturalmente color de rosa.
El terciopelo color de rosa
es más que otro cualquiera
el intocable,
porque su luz
—sin alborotos de sí misma—
se mustiaría resignadamente,
con una tristeza recóndita,
sin llantos.

No así los fulgurantes melocotones
con alfombradas alegrías
de terciopelos amarillos.
Los terciopelos amarillos se indignan
ante la mirada menos oblicua
y lloran con lágrimas
que insultan y corroen.

Nada tan cruel

como manchar un terciopelo.
El terciopelo verde, por ejemplo,
nos humedece en tiernas clorofilas
o se apenumbra y se embotella
para promover oreados sabores
de licor de menta, de anís,
de yerbabuena o de eucalipto.
Cuando lo tocan
el terciopelo verde se quiebra
como un fino cristal
y deja en los oídos
una pregunta de niño traicionado.

Con los terciopelos
traídos del Africa
se hacen angelitos
que juegan beisbol
en las calles de Harlem.

Cuando los terciopelos llegan
preciso es guardarlos
en un alhajero finamente acolchado
y... Para qué rozarlos?
Ni siquiera la voz que los perturbe,
ni siquiera la voz.

El niño de los lirios irredentos	9
El niño de las sedientas hélices	13
Cierta noche	19
Alta noche	23
Se dice amor...	29
Mejor la sombra	35
Variaciones sobre un tema	39
Elogio de la lluvia niña	45
Teorema de las piedras	49
Diez para las cuatro	55
Elegía por la muerte de los pájaros	61
Andanzas del nocturno viento	67
Imagen de la asfixia	73
Nostalgia de un acento	77
Prófugo de la muerte	83
Lámpara condenada	89
Obligado viaje	95
Hablo desde mi muerte	99
Perdido de encontrarme	107
Retorno hacia los lirios	113
Poema terciopelo	119

Este libro se terminó de imprimir el mes de marzo de 1980, en los talleres de EDIMEX, S. A., Calle 3, N° 9, Naucalpan de Juárez, Estado de México. Consta de 132 páginas en papel Cultural de 60 kilogramos y forros en cartulina Couché Cubiertas de 123 kilogramos. Se imprimieron 2,000 ejemplares encuadernados a la rústica.



BIBLIOTHEC
AS 10305

041281

ET/861M/G34/864/1980 /EJ. 15
GALGUERA NOVEROLA, RAMON.
SOLAR DE SOLEDADES

[illegible]

ET/861M/034/884/1980 /EJ.15
GALGUERA NOVEROLA, RAMON,
SOLAR DE SOLEDADES
21030

210305

GALERIA DE ESCRITORES TABASQUEÑOS

DOMINGO BORREGO MORENO. Nació en 1860, en Tacotalpa, Tab., y murió en Puebla, Pue., en 1935. Aunque su vida pública pertenece más a la política que a las letras, rompamos la simbiosis de éstas con la espada cívica en reconocimiento de su aportación al género epigramático. En él se reveló tabasqueño de autenticidad singular —ágil, incisivo, oportuno, hiriente, rencoroso— y dejó escuela, recuerdo en quienes le conocieron y aún viven, ejemplo en quienes leen sus agresiones y defensas. Precisamente en una edición de "epigramas tabasqueños" se dijo algo que también encaja en esta nota: "Y porque sus epigramas fueron sus armas cuando los riesgos de la lucha, en las ilusiones del triunfo y en las decepciones que le oscurecieron, se recuerda aquí su actividad revolucionaria y no su actividad literaria, que en ninguna circunstancia puede encontrarse como un todo de ningún tamaño ..." Pero en este lugar se da paso al poeta epigramático, con vista de haberse ubicado así en las letras de Tabasco.



Domingo Borrego Moreno